

KNOT

Zelynn

Traducción Autorizada -Meu-

—— Capítulo 6: Ser ——

Phatsa despertó lentamente a la mañana siguiente, como si su mente no hubiera regresado a él de golpe, sino que flotara hacia arriba poco a poco desde el fondo de algo profundo y demasiado cálido. De lo primero que se dio cuenta no fue del dolor, ni del frío, ni siquiera del calor que casi lo había quemado vivo la noche anterior, sino de la suavidad de la cama y de un aroma que aún flotaba a su alrededor: la nota cálida de whisky impregnado en madera, el leve rastro de humo y la presencia profunda y constante de alguien que hacía que todo su cuerpo se relajara de una manera casi imperdonable. Su cerebro apenas había comenzado a funcionar y, sin embargo, ya se sentía más seguro, lo cual, francamente, era enfurecedor.

Se quedó quieto un momento, parpadeando lentamente antes de abrir por fin los ojos. La imagen borrosa frente a él se aclaró gradualmente hasta convertirse en un techo pálido e impecable que no pertenecía a su habitación. Las cortinas tampoco eran suyas. ¿Y la almohada? Eso era aún más evidente. Era demasiado firme, demasiado suave en los lugares equivocados, y olía de forma muy clara a alguien más.

Phatsa se congeló por un instante antes de levantar la cabeza con cuidado, mientras la cautela se apoderaba de él. Sus recuerdos aún no habían regresado por completo, pero el instinto ya había comenzado a encender las alarmas de que ese lugar definitivamente no era su hogar.

Lo primero que vio fue una habitación espaciosa, elegante y absurdamente ordenada, como si incluso respirar con demasiado descuido contara como una infracción. Todo parecía costoso, de tonos fríos y demasiado refinado; el tipo de

lugar que claramente no toleraba que la gente tocara las cosas sin motivo. Lo segundo que vio fue una silueta alta reclinada no muy lejos, observándolo como si llevara mucho tiempo despierto, esperando en silencio a que abriera los ojos.

Mierda.

Era como un déjà vu. Exactamente como aquella mañana.

Phatsa se sobresaltó con tanta fuerza que casi sale despedido de la cama. El hombre se movió de inmediato. Su expresión permaneció tan ilegible como siempre, pero su cuerpo se acercó un poco, como si temiera que Phatsa realmente pudiera caerse.

—Cuidado.

Esa sola palabra fue suficiente para hacer que todo se derrumbara.

Porque en el momento en que escuchó esa voz, la noche anterior regresó a él de golpe, como una presa que se rompe. El aroma de las feromonas envolviéndolo hasta casi no dejarlo respirar. El beso: ardiente, frágil y abrumador, todo a la vez. Esos brazos fuertes llevándolo de regreso. Las palabras reconfortantes que habían hecho temblar su corazón. La confusión. El deseo. Y todo lo que había sucedido después: cada detalle que hacía que su rostro se sonrojara más por segundo, hasta el punto de querer tomar una almohada y quedar inconsciente otra vez.

Maldita sea.

No quería despertar en una mañana como esta. Ni un poco.

Phatsa estuvo a punto de desmayarse. Agarró la manta y se envolvió en ella de inmediato, aunque sabía perfectamente que era inútil. Lo que había pasado, ya había pasado. La mayor parte de lo que definitivamente no debía recordar ya había regresado. Y el hombre responsable de todo eso estaba acostado allí mismo, mirándolo sin la menor señal de tener intenciones de desaparecer pronto.

Aun así, por mucho que quisiera gritar internamente dentro de su propia cabeza, Phatsa seguía siendo Phatsa. Apretó los labios, respiró hondo e intentó reunir la poca dignidad que le quedaba en algo que se asemejara a una expresión

normal. Si tenía que quedar en ridículo, al menos que fuera con un poco de orgullo intacto; no de esta manera, sentado allí con el rostro completamente rojo mientras el hombre frente a él probablemente podía leer cada recuerdo vergonzoso que aún ardía en su mente.

Nakhun continuó mirándolo en silencio. Su expresión era tan ilegible como siempre, tan inmóvil que resultaba imposible saber qué estaba pensando y, sin embargo, sus ojos nunca se apartaron de Phatsa, como si al desviar su atención aunque fuera un segundo, la terca criatura en la cama fuera a desvanecerse por completo.

Al final, Nakhun fue quien rompió el silencio.

—Tienes que mudarte aquí.

Phatsa parpadeó una vez. Luego otra vez. Después se señaló a sí mismo, siendo el vivo retrato de la incredulidad.

—¿Qué?

—Múdate a mi casa —repitió Nakhun con voz baja y firme, como si fuera un asunto ya decidido—. Será más fácil cuidar de ti.

Phatsa se quedó inmóvil por un instante antes de soltar una risa seca y hueca, de esas que sonaban como si no pudiera decidir si aquello era divertido o una pesadilla.

—Espera. ¿A quién exactamente le estás dando órdenes?

—No te estoy dando órdenes —respondió Nakhun de inmediato—. Te estoy diciendo lo que debe pasar.

—Ah, ¿en serio? —Phatsa asintió como si entendiera perfectamente—. Entonces yo te digo lo que *no* va a pasar. No me voy a mudar.

Nakhun frunció el ceño de inmediato.

—No puedes quedarte solo en este momento.

—¿Quién lo dice?

—Tu cuerpo.

Eso solo exasperó más a Phatsa.

—Ah, ¿ahora mi cuerpo habla contigo? Impresionante.

Ese sarcasmo oscureció un poco la mirada de Nakhun, aunque claramente seguía intentando mantener su temperamento bajo control.

—No seas terco.

—No soy terco. Tengo cerebro —replicó Phatsa de inmediato—. Y no estoy lo suficientemente loco como para mudarme a la casa de un hombre extraño con el que apenas...

Se detuvo en seco porque el resto de la frase era demasiado vergonzosa para decirlo en voz alta. Pero eso fue suficiente. Nakhun ya había entendido perfectamente.

—¿Apenas qué? —preguntó el otro hombre con demasiada calma.

Phatsa apartó el rostro de inmediato.

—Con el que... me acosté... —Maldita sea, ¿cómo podía este hombre decir cosas así con una expresión tan seria?— Bueno... eso.

—Te quedarás aquí.

—¡Dije que no!

Esta vez su voz se elevó de verdad. Phatsa se volvió para fulminarlo con la mirada, con la humillación aún fresca en sus ojos pero con la terquedad completamente restaurada.

—Me voy a casa. Me quedaré en mi propio lugar. No tienes derecho a interferir tanto en mi vida solo por lo de anoche. Lo que pasó anoche fue-

—No fue solo lo de anoche—Nakhun lo interrumpió de inmediato, con una voz notablemente más baja.

Pero Phatsa ya estaba demasiado alterado para detenerse. Mientras más hablaba, más se molestaba, y mientras más se molestaba, más afilada se volvía su lengua.

—¡Para mí *sí* solo fue lo de anoche! ¡Dormimos juntos, eso es todo! ¿Por qué actúas como si tuvieras que hacerte responsable de toda mi vida ahora? ¡No tienes que jugar al héroe!

La frase "*dormimos juntos, eso es todo*" cambió el ambiente de la habitación en un instante.

No hubo ningún sonido. Ninguna explosión. Pero Phatsa lo sintió de inmediato: el aire a su alrededor se volvió más pesado en el lapso de un latido. El rostro de Nakhun se quedó inmóvil de una manera diferente, sus ojos oscuros destilaron frialdad y algo presionó hacia afuera desde él antes de que pareciera darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Feromonas.

No era ni de lejos tan abrumador como el momento en que Nakhun había entrado a la fuerza en la casa de Phatsa, pero para Phatsa, quien había quedado vinculado directamente a él, esto ya era suficiente. Su cuerpo respondió antes de que su mente pudiera hacerlo. Su corazón dio un vuelco. Su respiración se contuvo. Todo su cuerpo se quedó inmóvil mientras el instinto le gritaba una advertencia de que el hombre frente a él estaba genuinamente enojado.

Phatsa apretó los labios con fuerza, intentando no encogerse, pero cuanto más luchaba contra ello, más le ardían los ojos, hasta que, antes de que pudiera evitarlo, las lágrimas brotaron de todos modos.

Él mismo se sobresaltó por ellas.

¿Estaba llorando otra vez?

Por el amor de Dios.

Pero en el instante en que la primera lágrima se deslizó por su mejilla, la expresión de Nakhun cambió de inmediato, como un hombre que vuelve en sí de un bofetón. La presión en la habitación desapareció al instante. Se movió hacia

Phatsa rápidamente, pero luego desaceleró a mitad de camino, como si temiera asustarlo aún más.

—Lo siento.

Su voz había cambiado. Por completo. Ya no quedaba frialdad en ella, ni presión, ni fuerza; solo una alarma real y un pánico apenas oculto.

—No fue mi intención.

Phatsa, por su parte, estaba lo suficientemente mortificado y furioso como para desear desaparecer en ese instante. Se limpió apresuradamente las lágrimas con el dorso de la mano, intentando salvar la poca dignidad que le quedaba, pero cuanto más se limpiaba, más caían, como si hoy su cuerpo hubiera decidido que humillarlo fuera su trabajo de tiempo completo.

Nakhun parecía completamente perdido. Ya no se parecía en absoluto a un hombre enojado, sino a alguien que no tenía idea de qué hacer con el daño que acababa de causar. Al final, cruzó la distancia que los separaba y atrajo a Phatsa hacia sus brazos sin pensarlo.

Phatsa se puso rígido.

Porque el abrazo era fuerte, muy fuerte, pero no aterrador. Era el tipo de intensidad que provenía de alguien genuinamente conmovido, genuinamente angustiado, como si, de no aferrarse ahora, él mismo se desmoronaría en ese mismo instante.

—Lo siento —dijo Nakhun otra vez, con voz baja y áspera junto al oído de Phatsa—. De verdad lo siento.

Phatsa permaneció rígido en sus brazos. No lo apartó, pero tampoco le devolvió el abrazo.

Así que Nakhun continuó rápidamente, como si temiera que, si dudaba un poco más, el chico terco frente a él solo lloraría con más fuerza.

—¿Qué quieres?

Phatsa se quedó quieto.

—¿Qué quieres hacer? ¿Qué quieres que haga? Dime.

Nakhun se detuvo por un breve instante, con la mirada fija intensamente en las lágrimas que aún se aferraban al rostro de Phatsa, antes de bajar aún más la voz.

—Solo no llores.

Nunca dijo en voz alta que sentía que su corazón ya se partía a la mitad, pero de alguna manera Phatsa podía escucharlo en todo lo demás.

El silencio se prolongó por un momento. Luego, Phatsa respiró hondo, intentando dejar de llorar con tanta dignidad como pudo reunir, y murmuró contra el hombro de Nakhun con voz ahogada:

—Si acepto quedarme aquí...

Nakhun se quedó completamente inmóvil. Todo su cuerpo pareció ponerse en alerta, prestando atención.

Y así, Phatsa continuó lentamente, como un hombre que expone los términos de un tratado internacional.

—No tienes permitido acercarte a mí a menos que yo lo diga.

Esta vez, Nakhun se apartó para mirarlo directamente.

—¿Qué?

—Me escuchaste —dijo Phatsa de inmediato, aunque sus ojos todavía estaban rojos—. Nada de tocar. Nada de abrazar. Nada de besar. Nada de acercarte a mí. Nada de hacer algo por tu cuenta a menos que yo lo permita.

Cuanto más escuchaba, más parecía Nakhun un hombre al que estrangulaban en total silencio. Era dolorosamente evidente lo mucho que le desagradaba aquello. Tan obvio que Phatsa casi quiso reír, con lágrimas y todo. Pero al final, Nakhun solo pudo cerrar los ojos y respirar profundamente, como si estuviera obligando a cada reacción a retroceder, capa por capa.

—Eres imposible.

Phatsa arqueó una ceja.

—¿Y bien? ¿Aceptas o no?

Nakhun guardó silencio durante mucho tiempo. Lo suficiente como para que Phatsa empezara a pensar que iba a discutir o a acusarlo de ser irracional. Pero al final, Nakhun simplemente abrió los ojos y respondió con voz monótona:

—Está bien.

Esta vez fue Phatsa quien se quedó inmóvil.

—¿Así de fácil?

—Te di mi palabra —respondió Nakhun con una expresión todavía visiblemente irritada—. Y tú tampoco tienes permitido retractarte.

Phatsa hizo una pausa, luego apartó el rostro para ocultar la comisura de sus labios, que estuvo peligrosamente cerca de curvarse hacia arriba. Maldita sea. Realmente no debería de haberle parecido gracioso. Pero la expresión de Nakhun al verse obligado a ceder era genuinamente un poco ridícula; lo suficientemente ridícula, al menos, como para aliviar parte de su vergüenza.

En cuanto a Nakhun, se quedó allí sentado mirando con el pecho lleno de frustración al chico en la cama, que había estado llorando hacía solo unos momentos y ya encontraba las fuerzas suficientes para imponer exigencias. No tenía permitido acercarse. No tenía permitido tocarlo. No tenía permitido nada. A pesar de que lo había sostenido, lo había consolado y había cruzado demasiadas líneas con él la noche anterior. Y ahora, por la mañana, se esperaba que se quedara allí sentado escuchando reglas como si fuera un lobo hambriento encadenado junto a la cama.

Y la peor parte era... que había aceptado.

Porque quien imponía las condiciones era Phatsa.

Al final, Nakhun dejó escapar un largo suspiro y realmente retrocedió, tal como había prometido, aunque por dentro estaba lo suficientemente irritado como para querer sacudir al otro hombre y preguntarle si tenía idea de por lo que lo estaba haciendo pasar. Phatsa, mientras tanto, al ver que Nakhun realmente retrocedía, sintió una secreta y culposa pizca de alivio. Al menos todavía tenía el control sobre *a/go*. Al menos el hombre frente a él no iba a hacer simplemente lo que quisiera. Al menos... todavía tenía un poco de espacio para respirar.

Aunque ese espacio fuera solo un estrecho rincón en la cama de un extraño cuyo aroma, de manera exasperante, ahora resultara ser la cosa más reconfortante del mundo.

Se sentaron en silencio un rato más. Luego Phatsa murmuró, sin mirarlo:

—¿Y si cambio de opinión más tarde?

Nakhun se giró de inmediato.

—¿Sobre qué?

Phatsa todavía se negaba a mirarlo.

—Sobre... el permiso.

Esta vez, la comisura de los labios de Nakhun se movió por primera vez esa mañana. Phatsa ni siquiera se había volteado todavía cuando Nakhun respondió con calma:

—Lidiaremos con eso cuando suceda.

Phatsa se dio la vuelta de golpe, y lo atrapó en el acto de contener una sonrisa.

Ese bastardo.

Agarró una almohada y se la arrojó de inmediato. Nakhun la atrapó con una facilidad insultante, agachó la vista para mirarla y luego volvió a levantar la vista hacia él con esa misma mirada, la que hacía que el corazón de Phatsa golpeará contra sus costillas otra vez de una manera que era profundamente molesta.

Y en ese preciso momento, Phatsa se dio cuenta en silencio de que aceptar quedarse con este hombre, incluso con condiciones, incluso con términos, incluso con cada línea claramente trazada— significaba una cosa innegable.

Su vida nunca volvería a ser pacífica.

Después de que la batalla se calmara por un rato, el silencio entre ellos se convirtió en algo extraño. No del todo incómodo, sino el tipo de silencio que pertenecía a dos personas que ya habían ido demasiado lejos como para saber por dónde empezar a actuar con normalidad otra vez. Phatsa estaba sentado en la cama aferrando la manta, con un aspecto que denotaba que intentaba desesperadamente hacer que todo pareciera común y corriente otra vez, a pesar de que ya no quedaba absolutamente nada de común en la situación. Nakhun estaba sentado no muy lejos y, aunque había mantenido la distancia prometida, sus ojos nunca lo habían abandonado, como si medio esperara que la terca criatura de la cama cambiara de opinión y saliera corriendo a casa en cualquier segundo.

Al final, Nakhun rompió el silencio de nuevo.

—¿Cómo te llamas?

Esa pregunta hizo que Phatsa se detuviera; no porque no pudiera responderla, sino porque lo golpeó con una humillante claridad que sí... él y este hombre todavía ni siquiera sabían sus nombres.

Increíble.

Habían pasado por *todo* eso la noche anterior... y aún no sabían algo tan básico como un nombre.

Eso hizo que todo se sintiera aún más extraño. Phatsa apretó un poco los labios antes de responder finalmente, con su voz arrastrando todavía esa mezcla familiar de sospecha y picardía.

—Phatsa Rattanatharin.

Hizo una pausa y luego añadió con total seriedad, como si se estuviera presentando en una entrevista de trabajo:

—Estado actual: recién graduado, actualmente en busca de empleo, desempleado con dignidad.

Una de las comisuras de la boca de Nakhun se movió de forma casi imperceptible, pero definitivamente lo hizo. Como si incluso él no hubiera esperado escuchar a alguien presentarse de esa manera después de todo lo que había pasado la noche anterior.

Luego fue su turno.

—Nakhun Thewathitirat.

Su voz permaneció baja y uniforme como siempre, pero al hablar de sí mismo sonaba cortante y directo: el tono de alguien que nunca había tenido que pasar mucho tiempo explicando quién era a nadie.

—Futuro presidente de una empresa de desarrollo inmobiliario.

Phatsa parpadeó una vez. Luego dos. Después miró a Nakhun de arriba abajo otra vez con una evaluación clara y seria, como si tuviera el nuevo derecho de contrastar ese título profesional con el hombre sentado frente a él.

Entonces dijo, con total sinceridad:

—Suenas más como un jefe de la mafia.

Nakhun frunció el ceño de inmediato.

—¿Qué?

Phatsa se encogió de hombros, visiblemente más cómodo con la oportunidad ahora que tenía una.

—De verdad. —Su mirada recorrió a Nakhun otra vez sin el más mínimo rastro de sutileza—. Te ves malo. Tu casa es enorme. Tienes hombres trabajando para ti. Apareces y las puertas se rompen. Sinceramente, ¿también cobras dinero por protección o qué?

Esa última pregunta hizo que Nakhun se quedara inmóvil por un instante, como decidiendo si la irritación o la diversión debían ir primero. Al final, respondió con la misma expresión seria de antes.

—No.

Phatsa arqueó una ceja.

Nakhun lo miró a los ojos y continuó completamente serio, lo que solo lo hizo peor.

—Solo presto dinero.

Phatsa lo miró boquiabierto durante un segundo entero, y luego estalló en risas.

—¿En qué se diferencia eso?

Nakhun se mantuvo perfectamente sereno.

—Debe haber una garantía razonable.

Ante eso, Phatsa se rió de verdad, más fuerte esta vez; se rió a pesar de estar todavía envuelto en una manta en la cama de otro hombre, en una situación que no debería haber contenido ni una sola cosa divertida. Pero con Nakhun soltando frases así con un tono tan mortalmente serio, simplemente no podía evitarlo.

—De verdad eres único...

Sacudió la cabeza, como si no pudiera decidir qué insulto encajaba mejor.

—Solo admítelo. Suenas exactamente como un usurero.

—Mi negocio es legal.

—Tu tono no lo es.

Nakhun lo miró en silencio por un momento antes de que la comisura de sus labios se moviera de nuevo, un poco más notable esta vez. No lo suficiente como para ser una sonrisa real, pero lo bastante cerca.

And Phatsa, al notar eso, titubeó.

Extraño.

Sin ese aire constantemente opresivo a su alrededor, sin parecer listo para dominar la habitación a cada segundo, Nakhun de repente parecía un poco más humano.

Todavía exasperantemente arrogante.

Todavía profundamente irritante.

Pero también... más atractivo, de una manera que resultaba extremadamente inconveniente.

El silencio que siguió se sintió diferente ahora. Ya no era tenso ni incómodo, sino más ligero de algún modo, como si el simple hecho de conocer sus nombres finalmente le hubiera dado alguna forma a toda la locura de la noche anterior. Dos extraños vinculados por el instinto se habían convertido, al menos, en dos personas que podían llamarse por su nombre.

Y cuanto más lo pensaba, más extraño se sentía.

Phatsa fue el primero en hablar de nuevo, con voz más baja ahora.

—Esto es raro.

Nakhun lo miró.

—¿Qué cosa?

Phatsa se apretó un poco los labios antes de responder con el tipo de honestidad que claramente lo sorprendió incluso a él mismo.

—¿En serio estamos acá sentados presentándonos, justo ahora?

Lo miró fijamente, con el más leve rastro de vergüenza aún latente en sus ojos bajo su habitual sarcasmo.

—Después de todo lo que ya pasó.

Esta vez Nakhun guardó silencio de verdad.

No porque no tuviera respuesta, sino porque era verdad.

Observó a Phatsa por un momento antes de que algo en su mirada se suavizara de una manera que no le resultaba nada fácil.

—Es verdad.

Solo dos palabras cortas.

De algún modo, aquellas palabras lograron que la cara de Phatsa ardiera de nuevo. Apartó la mirada al instante, sin la menor intención de permitir que Nakhun lo viera perder el control de sí mismo una vez más.

Maldita sea.

No podía creer que recién ahora estuvieran conociendo el nombre del otro.

No podía creer que apenas ahora estuvieran hablando de esta manera.

No podía creer que todo empezara a sentirse real recién *después* de haber ido demasiado lejos como para dar marcha atrás.

Todo en esta situación llegaba tarde.

Demasiado tarde, tal vez.

Sin embargo, fue un pensamiento que reservó para el silencio de su mente; Phatsa no tenía la certeza de sí, en el fondo, de verdad deseaba que fuera demasiado tarde.

Nakhun, por su parte, se veía tan calmado como siempre, pero por dentro no estaba menos inquieto. Había pasado toda una noche en la que el cuerpo y el instinto lo habían llevado más lejos de lo que la razón jamás debió permitir, solo para despertar y preguntar un nombre, un apellido, y enterarse de que el chico terco en su cama acababa de graduarse y buscaba trabajo. Era absurdamente tarde, absurdamente extraño e insoportablemente real, todo a la vez.

Como si solo ahora, después de haberse saltado cada paso que debió ir primero, finalmente estuvieran haciendo lo normal.

Esa verdad los dejó a ambos en silencio por un rato.

Hasta que Phatsa murmuró entre dientes, todavía sin mirarlo:

—Entonces, ¿de verdad no cobras dinero por protección?

Nakhun se volvió hacia él de inmediato.

Y esta vez, realmente se rió. No mucho. Solo un sonido bajo en su garganta. Pero real.

Phatsa giró la cabeza de golpe y lo miró como si hubiera presenciado un milagro.

—¿Puedes reírte?

—Soy humano.

—Discutible —murmuró Phatsa—. Al principio pensé que eras una especie de usurero de la mafia que había salido de su guarida.

Nakhun lo observó durante un largo momento antes de preguntar, con esa misma voz tranquila:

—¿Y ahora?

Phatsa hizo una pausa.

La pregunta era bastante común.

Pero, sin embargo, hizo que la habitación se quedara en silencio otra vez sin previo aviso.

Miró a Nakhun por un momento, luego desvió la mirada y murmuró en voz baja:

—Bueno... todavía pareces un poco eso.

But esta vez había menos mordacidad en su tono. Era más suave. Más silencioso. Y parecía ocultar más de lo que admitía.

Nakhun lo observó en silencio, y aunque no dijo nada más, una cosa ya le había quedado clara.

No importaba cuán extraño hubiera comenzado esto, no importaba que tan tarde hubiera sucedido todo o cuán terriblemente desordenado hubiera resultado cada paso: Finalmente se habían conocido de verdad.

El comedor de la casa Thewathitirat estaba, esa mañana, tan lujoso y perfectamente ordenado como siempre. Una suave luz solar caía a través de los altos ventanales sobre la larga mesa de madera, donde cada plato, cada pieza de cubertería y cada vaso se encontraban en un orden imaculado. El olor a desayuno caliente flotaba ligeramente en el aire, mezclándose con las flores frescas del jarrón en el centro. Todo era hermoso, silencioso y cuidadosamente controlado, tal como correspondía a una prominente familia que siempre había custodiado su imagen con estricta precisión.

But esa mañana, una grieta había aparecido en esa calma antes de que nada hubiera siquiera comenzado.

Phatsa siguió a Nakhun hasta el comedor, sintiéndose lo más lejos posible de estar cómodo. Todavía no se acostumbraba a esta casa; no se acostumbraba a su tamaño, a su lujo, al silencio que presionaba cada rincón de ella. Cuanto más caminaba detrás de Nakhun, quien se comportaba como si todo en ese lugar le perteneciera de forma natural, más se sentía Phatsa como algo extraño que de algún modo se había adentrado por error.

En el momento en que entraron a la habitación, el murmullo silencioso de la conversación que había allí antes murió al instante.

Nares, sentado a la cabecera de la mesa, levantó la vista solo una vez. Pero esa única mirada bastó para enfriar toda la habitación. No dijo nada. No preguntó nada. Ni siquiera ofreció la cortesía elemental de un saludo. Se limitó a mirar a

Phatsa en silencio por un momento, luego dirigió su mirada hacia Nakhun y dejó su cuchara con una calma que resultaba de algún modo más aterradora que la ira.

Luego se puso de pie.

El chirrido de la silla contra el suelo fue suave, pero imposiblemente claro en el silencio. Se alejó de la mesa sin mirar atrás, como si el simple hecho de permanecer sentado allí con esa escena frente a él ya fuera más que suficiente para una mañana.

Phatsa se puso un poco rígido. No esperaba exactamente un recibimiento cálido, pero ser descartado de forma tan abierta hizo que la tensión se acumulara a lo largo de su columna.

Naphit, sentado no muy lejos, se levantó de inmediato para seguir a su padre, dejando atrás una segunda ola de silencio más pesada que la primera.

Y así, la gran mesa que un momento antes había estado llena de familia quedó reducida a Khamphirada, Nakhin, Nakhun y Phatsa.

Phatsa permaneció allí de pie, inseguro de si debía sentarse o retroceder en silencio y dejar que todo terminara ahí. Pero antes de que pudiera decidir, Khamphirada se movió primero.

Colocó su servilleta pulcramente sobre su regazo, luego levantó la mirada hacia él por primera vez, y era una mirada completamente diferente a la de Nares.

Sus ojos eran amables. Tan amables que Phatsa se detuvo involuntariamente.

—¿Por qué estás ahí de pie, cielo? —preguntó Khamphirada con suavidad—. Ven, siéntate.

Phatsa parpadeo, casi como si no estuviera seguro de que realmente le estuviera hablando a él. Se volvió un poco hacia Nakhun, pero el hombre a su lado simplemente jaló una silla como si eso ya estuviera decidido.

Así que, al final, Phatsa no tuvo más remedio que sentarse.

Al otro lado de la mesa, Nakhin observó la escena en silencio y levantó su vaso para ocultar una sonrisa que casi se le escapa. No interrumpió, dejando que el ambiente se asentara lentamente en una nueva forma.

Khamphirada fue quien habló de nuevo. No preguntó nada invasivo. No lo interrogó de la manera en que él había temido en secreto que lo hiciera. En su lugar, simplemente tomó algunos de los platos más cercanos a ella y colocó comida en el plato de él con la forma tranquila y practicada de alguien que cuida de un niño o de un miembro del hogar.

—Come algo caliente primero —dijo, deslizando el plato un poco más cerca—. No es bueno tener el estómago vacío mientras todavía no te sientas estable.

Phatsa hizo una pausa ante eso, pero antes de que pudiera responder, Khamphirada levantó la vista y sonrió de nuevo.

—No tienes que estar nervioso, cielo.

La frase era tan simple y, sin embargo, deshizo un pequeño nudo de tensión de sus hombros antes de que pudiera evitarlo.

Después de observarlo por un momento, Khamphirada continuó, con voz todavía suave pero más deliberada ahora.

—Yo también soy omega. Así que entiendo que el comienzo nunca es fácil después de un lazo.

Phatsa se quedó completamente inmóvil.

Ella miró hacia Nakhun por el más breve instante, luego volvió a mirarlo a él.

—Y luego está el hecho de que eres el alma gemela de mi hijo.

La palabra "*alma gemela*" hizo que Phatsa casi quisiera protestar en el acto, pero bajo esa mirada amable, lo único que logró fue apretar los labios y mirar hacia su plato en su lugar, con las mejillas sonrojándose de una manera que encontraba profundamente irritante.

Nakhin estuvo a punto de reírse a carcajadas ante eso, pero afortunadamente para él, valoraba lo suficiente su vida como para guardárselo para sí mismo.

Khamphirada, por su parte, no insistió en el tema. Simplemente acercó un poco más el tazón y los platos de nuevo y dijo con una voz más ligera:

—Su nombre es Phatsa, Madre —añadió Nakhun en voz baja.

Eso hizo que Phatsa sintiera un destello de irritación. ¿De dónde, exactamente, había sacado este hombre el descaro de empezar a tratarlo como a un *nong* con su tono de voz, si es que no lo hacía con las palabras?

—Qué nombre tan encantador —dijo Khamphirada con calidez.

—Gracias —respondió Phatsa. La mayoría de la gente le decía que su nombre era inusual. Esta era la primera vez que alguien le decía que era encantador. Y, para su vergüenza, lo apreció más de lo que esperaba. Siempre le había gustado mucho su propio nombre.

—Come primero, cielo. Podemos hablar de todo lo demás más tarde. Khun Jimja, ¿podrías traer un poco más de jugo de naranja para Phatsa, por favor?

Se volvió para dirigirse a la doncella que estaba parada no muy lejos, quien se apresuró de inmediato a traer la bebida y colocarla frente a él.

Esa palabra "*cielo*" otra vez hizo que Phatsa levantara los ojos hacia ella con una silenciosa incertidumbre. No estaba acostumbrado a que personas que apenas conocía se dirigieran a él de esa manera, y ciertamente no la madre de Nakhun.

Nakhun, a su lado, permaneció tan silencioso como siempre, pero la mirada en sus ojos al dirigir la vista hacia su madre se suavizó notablemente, como si al menos esa mañana, en medio de la desaprobación de su padre y la pesada tensión de la casa, hubiera al menos una persona dispuesta a abrir la puerta y dejar entrar a Phatsa.

Phatsa miró la comida en su plato, luego tomó lentamente su cuchara. Por dentro, todavía estaba lleno de confusión, inquietud y el sentimiento persistente

de que de alguna manera se encontraba sentado donde no pertenecía. Pero la calidez de Khamphirada hizo imposible mantenerse rígido como antes.

Esa mañana, la mesa del comedor de los Thewathitirat seguía siendo igual de hermosa, lujosa e intimidante como siempre. Pero debido a que una mujer estaba sentada allí sirviéndole comida en silencio, mirándolo con comprensión en sus ojos, hablando con una voz que parecía decir "*al menos aquí, nadie te está rechazando por completo*"... no resultaba insoportablemente fría después de todo.

No esa mañana.

Una vez terminado el desayuno, la casa regresó gradualmente al silencio otra vez.

No era un silencio pacífico. Era el silencio de una gran casa donde cada quien tenía su propio lugar al que ir, sus propias tareas, sus propios pensamientos privados que no necesitaban voz. Después de dejar la mesa, Khamphirada desapareció en el interior. Nakhin se esfumó escaleras arriba luciendo la misma sonrisa astuta e ilegible de siempre. Y Nakhun regresó a su antiguo ser con una velocidad casi inquietante, como si todo el caos de antes simplemente se hubiera guardado por el momento.

Se paró frente al espejo abotonándose el traje, recuperando por completo la compostura, como si sin importar cuánto hubiera cambiado el mundo, el trabajo siguiera esperando y él todavía tuviera que salir a encargarse de ello.

Apoyado contra el marco de la puerta, Phatsa lo observaba desde la distancia con un sentimiento extraño en el pecho. Él apenas se había graduado. Todavía estaba en esa etapa de la vida en la que despertar por la mañana significaba pensar a dónde postularse, cuántos currículums enviar o, en los días más perezosos, decidir tranquilamente no hacer nada en absoluto. Pero el hombre frente a él parecía alguien que despertaba y el mundo entero se movía de acuerdo con su horario.

Eran demasiado diferentes.

Nakhun le lanzó una mirada.

—Tengo que ir a trabajar hoy.

Phatsa arqueó una ceja.

—Ah, ¿en serio? No te preocupes. No planeaba colgarme de tu pantalón para seguirte hasta allá.

Nakhun lo miró como si fuera a decir algo, pero al final simplemente tomó su teléfono y sus llaves en su lugar.

—Si necesitas algo, avísale al personal.

Phatsa soltó una risa leve y seca.

—Eso me hace sonar como una mascota nueva.

—No eres como una mascota —respondió Nakhun de inmediato.

Phatsa volvió a arquear una ceja.

—Entonces, ¿a qué me parezco?

Nakhun se detuvo por una fracción de segundo antes de responder con el mismo tono tranquilo:

—A un problema.

Phatsa se quedó boquiabierto durante un segundo entero antes de lanzarle de inmediato el cojín más cercano.

—¡Entonces apúrate y vete a trabajar!

Nakhun lo atrapó con la misma facilidad de siempre. La comisura de sus labios se movió solo un poco, como si nada de eso le preocupara especialmente, antes de volver a colocar el cojín en su lugar y finalmente salir.

La puerta se cerró suavemente.

Y la casa quedó en silencio al instante.

Phatsa se quedó allí un momento más, y luego la extraña sensación de alienación regresó lentamente. Esta casa era demasiado grande, demasiado ordenada y de ninguna manera suya. Las habitaciones eran hermosas, la cama era suave y no todos en el hogar habían sido crueles con él, pero al final, seguía siendo un lugar al que no pertenecía.

Dejó escapar un largo suspiro y tomó su teléfono para llamar a Ongsa. Respondieron a la línea rápidamente.

—¿Estás a salvo, verdad?

El solo hecho de escuchar esa voz hizo que Phatsa se dejara caer en el sofá por el cansancio.

—P' Ongsa, me estoy volviendo loco.

Ongsa se rió suavemente a través del teléfono.

—¿Te hizo daño?

—No exactamente... —respondió Phatsa con demasiada rapidez, luego se corrigió con un tono de completa derrota—: Solo me pidió que me mudara a su casa.

Ongsa se quedó callado.

Phatsa suspiró de nuevo, luego se lanzó a contar toda la historia a toda prisa, como si supiera que si se detenía a la mitad, perdería la voluntad de terminar. La mudanza. La mesa del desayuno. El padre de Nakhun levantándose y yéndose en el momento en que lo vio. Su madre siendo inesperadamente amable. La absurda realidad de estar sentado solo ahora en una mansión que parecía pertenecer a algún drama de familias adineradas en el que había tropezado por error.

La línea se quedó en silencio por un momento después de que terminó.

Luego Ongsa habló despacio, como si repitiera algo en su mente.

—Espera... ¿Thewathitirat?

—Sí —dijo Phatsa, sin sonar especialmente impresionado—. ¿Por qué?

Ongsa guardó silencio por otro instante antes de hablar con más seriedad.

—Esa es una familia muy importante.

Phatsa rodó los ojos aunque el otro hombre no pudiera verlo.

—No me importa la familia.

Se recostó contra el sofá y continuó, sonando más irritado ahora.

—Apenas me gradué. Quiero un trabajo. *No* quiero estar aquí sentado pensando en lo rico que es alguien, lo enorme que es su casa o lo elegante que suena su apellido familiar.

Ongsa se rió suavemente.

—Eso es justo.

—Por supuesto que lo es.

—Entonces, ¿por qué no intentas trabajar con Nakhun?

Phatsa se quedó helado. Luego, prácticamente saltó de golpe en el sofá como si lo hubieran apuñalado.

—¿Qué?

—Trabaja con él —dijo Ongsa como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Dijiste que quieres un trabajo. Ahora estás viviendo en su casa. Ya que son tan cercanos, ¿por qué no lo intentas?

Phatsa se veía como si le acabaran de presentar la sugerencia más desquiciada imaginable.

—No.

—¿Por qué no?

—¡Porque no!

Ongsa estalló en risas. *Terco, de verdad. ¿De quién es hermano menor este chico siquiera?*

And, naturalmente, eso solo puso peor a Phatsa. Encogió las piernas sobre el sofá y abrazó un cojín como un niño que presenta una protesta formal contra el universo entero.

—¡Apenas me enteré de su nombre esta mañana! ¿Y quieres que trabaje con él? ¿Te has vuelto loco?

—Anoche tuvieron mucha más intimidad que solo conocer su nombre.

—¡P' Ongsa!

Ongsa se rió a carcajadas.

—Está bien, está bien. No te estoy cargando..

Pero incluso cuando dijo que no le estaba tomando el pelo, la risa seguía siendo evidente en su voz, lo que solo hizo que Phatsa se enfurruñara con más fuerza. Si Ongsa hubiera estado parado frente a él, definitivamente ya lo habría golpeado con un cojín a estas alturas.

Eventualmente, Ongsa se apiadó de él.

—Está bien, ¿qué tal esto?

Phatsa todavía seguía enfurruñado.

—¿Qué?

—Ven a la cafetería.

Esa invitación lo hizo detenerse. Ongsa continuó con su habitual tono relajado.

—Te sentirás mejor si sales un rato. Si te quedas solo en ese lugar por más tiempo, vas a terminar pensando demás. Ven a verme. Te prepararé un café.

Phatsa no respondió de inmediato, pero el solo hecho de escuchar la palabra "café" suavizó un poco su expresión. Era un lugar que conocía. Un rincón

del mundo donde sabía cómo respirar, dónde sentarse, cómo descansar. Al menos, no era un lugar que lo hiciera sentirse como un extraño cada segundo que permanecía allí.

—¿Y qué pasa si Nakhun pregunta a dónde voy?

—Dile que vienes a verme.

—¿Y si dice que no?

Ongsa guardó silencio por una fracción de segundo antes de responder con un tono desesperantemente tranquilo:

—Entonces huye.

Phatsa realmente se rió en ese momento.

—De verdad eres único...

—¿Y bien? ¿Vienes o no?

Phatsa miró alrededor de la vasta y silenciosa casa una vez más, luego dejó escapar un suave suspiro y finalmente respondió:

—Voy para allá.

Ongsa se rió, sonando como si hubiera sabido desde el principio que esa sería la respuesta.

—Bien. Entonces sal. Te esperaré.

La llamada terminó.

Pero esta vez, Phatsa ya no se sentía tan atrapado como un rato antes. Al menos ahora tenía un lugar a dónde ir. Al menos ahora había un sitio esperándolo donde podría sentirse un poco más como él mismo otra vez.

Se levantó del sofá lentamente, miró su ropa y luego murmuró para sí mismo entre dientes:

—Al menos hoy no tengo que postularme para un trabajo con un usurero de la mafia...

Y con eso, se dio la vuelta para prepararse para salir de la casa, con un estado de ánimo que era, por lo menos, más ligero que el que había tenido mientras estaba sentado allí poco antes.

Por hoy, eso era suficiente.

